

# Frisa Baterista

por Ana María Klem

A sus 24 años, Frisa tenía dos pasiones: viajar por el mundo y tocar la batería. Jazz, pop, rock... todos los ritmos pasaban por sus palillos cuando ella les daba vida. Quienes le escuchaban no podían evitar seguir el compás. Muchas veces tocaba para sus amigos, y en ocasiones, alguno se unía tocando un saxo o una guitarra eléctrica. Podían seguir hasta avanzada la noche, o hasta que un vecino les pedía que dieran por finalizado “el concierto”. Frisa había terminado sus estudios. Sabía que aún le faltaba mucho por aprender, pero no sólo de los libros, por ello quería vivir experiencias inolvidables visitando otras realidades, otras culturas, antes de asentarse y atarse a los compromisos de un trabajo regular. Luego regresaría a su pueblo, en las afueras de Madrid, a trabajar con los niños sordomudos, que es para lo que se había capacitado, y les contaría lo que hay allí afuera, cruzando la carretera y más allá.

Sin buscarlo y casi por casualidad, se enteró de que una agencia de contratación de artistas buscaba músicos para la orquesta de un crucero que recorría las islas griegas del Mediterráneo durante tres meses. Se entusiasmó inmediatamente. “Esta es una buena oportunidad”, se dijo. “Podré ver mundo tocando mi música”. Ilusionada, llamó al teléfono del anuncio.

“Llamo por el anuncio de la orquesta...”

“Mira, que estamos con poco tiempo”, le dijo una voz ronca, “¿tú puedes salir en dos días?”

“... ¡!...”

“Oye, ¿estás ahí?”, insistió la voz.

“Bueno... eh... en realidad... sí, sí que puedo”.

“Pues vente mañana, haremos algún ensayo y te daremos el billete y el contrato”.

La voz ronca le dio la dirección y cortó. Frisa se quedó inmóvil, escuchando el tono monocorde que le devolvía el auricular, suspendida en su asombro. “¿Y eso es todo?” Su mente iba de un pensamiento a otro, tenía un torbellino de ideas, pasaba del entusiasmo confiado e irreflexivo a la inquietud y la duda, que duraba poco, el tiempo que tardaba en volver la ola gigantesca del entusiasmo que le provocaba la cita. ¿Qué llevo? ¿Qué temas preparo? Pero si no dijo prueba... ya me contratan... tengo que preparar mi maleta... ¿dos días?

La mañana era soleada y luminosa, los rayos de sol bañaban su piel, sentía el impulso de la aventura y lo desconocido. Se detuvo frente a un edificio de tres plantas que se veía un poco ruinoso. Empujó la puerta y ésta cedió. Entró a un pasillo oscuro que terminaba en una escalera de madera deslucida y desvencijada. Subió despacio hasta la última planta, tanteando en la penumbra, mientras la madera la acompañaba con su crujir. El corazón le latía fuerte. “Todo va a salir bien”, se repetía. Golpeó en el 3º C. La puerta tardó en abrirse. Una silueta gruesa y baja se distinguió en la oscuridad, la envolvía el humo que salía del puro de su mano izquierda.

“Soy Frisa, vengo por la orquesta del crucero”.

“Pasa, pasa, los muchachos ya están esperando” – era la voz del teléfono.

La acompañó en silencio por un estrecho corredor hasta una sala amplia, poco iluminada, llena de trastos, instrumentos, cables, partes de escenografías. Los techos eran altos y las pequeñas ventanas tenían las persianas cerradas. Las pocas bombillas que estaban encendidas derramaban una luz mortecina. En el centro de la sala había tres jóvenes, cada uno probando un instrumento: un bajo, una guitarra, un teclado. Se movían lentamente, como si ya estuvieran cansados de repetir los mismos movimientos. Frisa continuó inspeccionando la sala con su mirada. Sus ojos se posaron en la batería, estaba un poquito más al fondo, como abandonada. Frisa sonrió. “Haré algunas improvisaciones hasta que me pasen las partes”, pensó. La gruesa silueta de voz ronca le estaba señalando una pequeña puerta. “Cámbiate aquí” le espetó en forma imperativa. “Tu ropa está en el perchero”. “Pero yo quería primero...” “Luego.” La silueta permanecía inmóvil, la voz era autoritaria, “antes hay que ver cómo te queda el vestuario”. Intimidada, entró al camerino.

El desorden que reinaba en la sala se había apoderado también de ese pequeño recinto. Apenas se filtraba un poco de luz por una pequeña ventanilla en lo alto de la pared más alejada. Frisa vio lo que colgaba en el perchero: un conjunto de sostén y falda corta, de colores fuertes y chillones. Sobre la mesa, unos aretes, collares y pulseras de los mismos colores que el atuendo. Se quedó mirando sin poder reaccionar. Internamente, trataba de comprender. “Claro, las orquestas de crucero tienen que alegrar el ambiente, pero... con tantas pulseras no puedo tocar, usaré sólo una.” Se vistió y se miró en el espejo, que le devolvió una extraña imagen de sí misma. Sonrió nerviosamente. “Creo que estoy bien”. Salió del camerino.

En la sala, un joven alto de pelo rizado que no había visto antes estaba hablando con el personaje de la voz ronca y el puro. Sus gestos eran confiados, parecía estar dando instrucciones a su interlocutor, sabiéndose al mando del grupo. “Será el director de la orquesta” pensó Frisa mientras se dirigía rápidamente a la batería. De pronto tuvo la sensación de estar semidesnuda en una sala con desconocidos. Sentía calor en las mejillas. Se sentó y buscó los palillos. Rodeada de los tambores y platillos, tan familiares, se sentía cobijada y protegida. Sabía que los tres jóvenes músicos la estaban mirando furtivamente, sentía sus miradas curiosas. Levantó la vista y ellos apartaron sus ojos rápidamente, volviendo a sus instrumentos. Cada uno tocaba lo suyo y el conjunto sonaba disonante, los tres intentaban melodías distintas, las repetían una y otra vez, como para sí, aburridos de una espera tediosa e interminable. Un poco más allá, los murmullos de la conversación del hombre del puro con el joven director subían y bajaban de volumen. Empezó a golpear los palillos suavemente, probando el instrumento.

“¿Cómo has dicho que te llamabas?” La voz ya conocida pareció surgir de la nada directo hacia ella.

“Frisa”.

“Ven, Frisa, que vamos a comenzar, ponte aquí delante, frente al micrófono.

Deja que Deil ocupe su lugar”.

Frisa lo miró sin atinar a decir nada. Como una autómatas, se puso de pie, sin soltar los palillos.

“Vamos, nena, que no tenemos toda la mañana, ven al micrófono que queremos escuchar tu linda voz”.

“¡Pero yo soy baterista!”

“¿Y quién quiere una baterista mujer? ¡O cantas, o estás fuera!”.

La voz ronca parecía más cavernosa y vibrante. Ahora sí que el cuerpo no le respondía, estaba inmovilizada, mientras su mente intentaba encontrar una explicación a esta situación ridícula en que se encontraba. ¿Qué hacía ahí, semidesnuda frente a estos hombres? ¿No precisaban un baterista? ¿Por qué no la escuchaban tocar? Su garganta se cerraba y sus ojos dejaban escapar la humedad que le nublabla la vista.

“Espera un momento, Rufo, creo que hay un malentendido” era la voz del director/baterista que le llegaba como de lejos, por sobre el zumbido de sus oídos.

“A ver, ¡yo no voy a perder un contrato con la compañía naviera porque a una jovencita se le ocurre tocar la batería en lugar de cantar! En los cruceros, las chicas bailan, cantan, hacen coros, ¡pero no tocan la batería!”

“Déjame hablar con ella. ¡Señores, un descanso de media hora!”

Un abrigo sobre sus hombros, unas manos firmes que la dirigen, pronto está sentada frente a una taza de café humeante. Todo parece haber ocurrido en un lapso de tiempo muy breve. A su alrededor ya no está la sala desordenada,

sino una pequeña cafetería con pocas mesas. Sólo el dueño de la cafetería detrás de la barra y el director/baterista frente a ella.

“Te llamas Frisa, ¿verdad? Tú contestaste el anuncio, viste que pedía cantante femenina, no? ¿Eres cantante?”

“Soy baterista. Yo vi que pedían músicos para orquesta, no leí lo de cantante.”

“Ya, sí, también... esto es todo un malentendido.”

Desvió la mirada, más allá de Frisa, pensativamente. Luego la miró a los ojos, profundamente, como sacándole una radiografía. ¿También quería que ella estuviera bajo su control?

“Te diré lo que haremos: tú ya estabas decidida a venir, así que tendrás tus cosas listas. Nosotros tenemos un contrato con la naviera, si no embarcamos mañana, perderemos este contrato y los siguientes. Y mi padre ya no está para estos sustos.”

Frisa lo miró interrogativamente.

“Mi padre, ya lo conoces, el señor del puro. Su salud ya no es la de antes, así que yo lo estoy ayudando bastante, le dirijo los músicos, toco la batería, le ayudo con el negocio. Por eso pedía otro baterista, porque me dejaría más libre para encargarme del resto de las cuestiones del negocio... Mi padre... el público... están acostumbrados a ver a un baterista hombre, no le será fácil cambiar de idea – su voz se iba apagando poco a poco, como hablando para sí - pero lo puedo convencer... si tú me ayudas a mí... Ahora...” – levantó la vista

para mirar a Frisa directamente a los ojos, su voz recuperó su soltura y su firmeza - “volviendo a nuestro malentendido, ¿qué tal cantas?”

El nudo que Frisa sentía en su garganta se había empezado a aflojar, gracias al café, al ambiente tranquilo de la cafetería, a la voz que le hablaba de igual a igual, sinceramente, sin sentirse superior. Algo en su interior le decía que podía confiar en ese joven de voz pausada y rizos morenos, pero aún se sentía a la defensiva, el momento de ridículo que había pasado estaba demasiado fresco en su memoria y en su cuerpo... es más, aún llevaba puesto ese estúpido conjunto de sostén y falda.

“¿Qué qué tal canto?! ¡Te he dicho que soy baterista!”

Los ojos profundos que la miraban no se desviaron, sostenían su mirada como garantizando la sinceridad.

“Ya, vale, vale, ya lo he entendido. Pero te propongo un trato: puedes venir con nosotros y ser la baterista de la orquesta, creo que puedo convencer a mi padre, no habrá problema en eso. Pero no tenemos cantante, ni femenina ni masculino, y tampoco podemos hacer todos los temas sólo orquestados, porque al público le agrada escuchar una canción. Yo no canto ni ninguno de los tres músicos que viste arriba, a lo sumo uno de ellos puede hacer coros, practicando bastante. Si tú eres afinada y te animas a cantar un par de canciones por noche...” la miró más profundamente “... si este trato te parece justo y lo aceptas, creo que tendríamos una solución, qué me dices?”

El joven director cobraba ánimos a medida que hablaba, su cuerpo se inclinaba hacia ella, esperando ansiosamente su respuesta. Una pequeña vocecilla dentro de Frisa preguntó en un susurro: “¿Quién tiene el control ahora?”, pero la acalló con una sacudida de cabeza. El joven no se movió. Su cuerpo seguía expectante. Verdaderamente, este día le traía sorpresas a Frisa. Trató de ordenarse internamente, comprender la situación en la que estaba, y sobre todo, entender lo que este joven de buenas intenciones le estaba proponiendo.

“Sí, soy afinada, no canto mal, sólo que me dediqué a la batería... claro que podría preparar algunos temas...” se quedó pensativa, estudiando las posibilidades, pero todavía había algo que no le parecía... y tenía que decirlo...

“Hay algo más”, Frisa ya se sentía más segura de sí misma. “Este atuendo, no puedo salir así, ni para tocar la batería ni para cantar... es demasiado... humillante, si me permites que te lo diga”.

Esta vez Deil bajó la mirada. Su silencio decía más que todas las palabras que pasaban por la mente de Frisa. Los dos permanecieron callados un rato.

“Es que...” Deil no sabía cómo ponerlo en palabras sin resultar ofensivo – “el público quiere escuchar una linda voz... y ver un cuerpo bonito”.

“No saldré así”.

Frisa sabía que debía mantenerse firme, no podía dejarlo pasar, ésta era la oportunidad. Y añadió,

“Déjame que yo complete tu trato: yo elegiré mi vestuario, será algo alegre, colorido y sugerente. Una cantante no necesita estar semidesnuda para captar la atención del público. Será algo muy bonito. El público estará encantado. Y tu padre, también. Tú déjalo en mis manos”.

Deil asintió. “Trato hecho”, le dijo, mientras le volvía la sonrisa al rostro. Sí, lo dejaría en sus manos.

Muy dentro suyo, Deil sabía que éste era sólo el comienzo de la negociación. Una negociación que tomaría otros rumbos, que valía la pena recorrer. Su corazón se lo decía. Y también quería escucharlo.